

graben en nuestro sepulcro la misma inscripción gloriosa que nos dejaron nuestros padres, para que la grabásemos en el suyo: *¡Vivieron para su Patria, murieron por ella!*—HE DICHO.

OBSERVACIONES.

La pieza oratoria que he presentado al lector del Sr. Navarro, aunque dedicada exclusivamente á solemnizar la memorable fecha del 27 de Septiembre de 1821, día en que se consumó nuestra independencia, el orador, preocupado con la multitud de desgracias que en aquella época afligian á México, consagra una gran parte de su discurso é examinar el origen de aquellos males y á proponer los remedios que creia convenientes.

Dotado de un espíritu analítico y observador, presenta con toda claridad y exactitud los errores en que por nuestra inesperienza hemos incurrido y las desgracias de que hemos sido víctimas. Dominado por estas ideas, parece olvidar el objeto primordial de su discurso, ocupándose de preferencia de otras materias, que solo se debian tocar de una manera secundaria y general.

Muerto el Sr. Navarro en edad bien temprana; el país perdió un orador de mérito.

CAPITULO VII.

RASGOS BIOGRAFICOS

DEL CIUDADANO

JOSÉ M. GONZALEZ MENDOZA.

Habiendo figurado de una manera notable el Sr. Gonzalez Mendoza, no solamente como orador, sino como gobernante y hombre de estado, me reservo publicar su biografía en mi obra histórica titulada, "Mexico en el Siglo XIX."

DISCURSO

Pronunciado el 27 de Septiembre de 1848, por el Ciudadano J. M. Gonzalez Mendoza, en el aniversario de la consumacion de la Independencia Nacional.

Por nombramiento de la junta patriótica tengo el honor de hablar á mis conciudadanos. Querria hacerlo de la manera ventajosa que lo han hecho los oradores que me han precedido; pero ellos abundaban en elementos, y yo carezco de todos; ellos tenian delante una época llena de ventura y de esperan-

zas, y nosotros en este día recordamos grandes glorias y grandes desgracias. Hace 27 años que el héroe de México nos daba patria y nombre, y hace un año que el pabellón de las estrellas flameaba en el palacio de Iturbide, y yo no sé cual será la suerte que la Providencia nos preparará.

Podría halagar vuestros oídos con palabras consoladoras; referiría á desgracias inesperadas y momentáneas los últimos sucesos; diría que eran fáciles de reparar, que no tenían consecuencias; pero os engañaría, y no he sido nombrado para eso: no adularé mis pasiones, no adormeceré nuestros recuerdos al referir las pasadas glorias; las publicaré, sí, pero será para manifestar los sacrificios que nuestros padres hicieron para conseguirlas, y que el olvido de sus virtudes y de nuestros deberes nos llevó al borde del precipicio, de donde no estamos muy distantes, si caminamos como hasta aquí arrastrados por las pasiones y no guiados por el amor á la patria.

Para desempeñar tan difícil como noble tarea, no cuento con mis propias fuerzas; confío en vuestra benignidad, que disculpará la confusión natural de mis ideas, al tocar una materia que afecta mis sentimientos por lo pasado y me hace temer por lo venidero.

Hubo un tiempo, aunque lejano, en que ciertos hombres formaban pueblos, y estos pueblos nación; vivían divididos entre sí, y no era el objeto de la comunidad sino el de sus bandos el que los ocupaba: por aquellos días un aduar de gentes vino hácia ellos, y los derrotó y los venció, haciéndose dueños de nombres y de tierras: así se fundó el imperio de los Aztecas. Sóbrios y laboriosos, prosperaban mientras cultivaron las virtudes; pero olvidados de los medios con que se habían hecho grandes, también se dividieron, y México se puso en guerra con otras partes del imperio. Allá al Oriente y del otro lado de los mares habita una nación pequeña, que 700 años antes

había caído en poder de los moros por resultado de las quejas de un conde llamado D. Julian, contra su rey D. Rodrigo. Esta nación peleando por siete centurias, acababa de arrojar á los dominadores; sus hijos, habituados al peligro y dotados de los elementos de que carecían los mexicanos, descubrieron un mundo nuevo, y pisaron las playas de Zempoala, alentados por el apetito de conquistar é impulsados del deseo de adquirir un país lleno de riquezas.

Pelearon los hijos de Moctezuma contra ellos; pero no bastaba pelear como valientes, cuando se ignoran las artes de la guerra y cuando las naciones se dividen: una parte se unió á las filas de los invasores y la otra fué vencida; y su último rey se sacrificó víctima de las desgracias de su patria.

Vencedores los españoles, llenos de genio y con vigorosos medios para gobernar, formaron un plan fijo de engrandecimiento; administraron con poco gasto; el lujo no los corrompia, y subyugaron por 300 años á los débiles indígenas; pero también ellos se dividieron y también se debilitaron. Los Países Bajos, el Franco Condado, el Rosellón, la Italia, Portugal y las Américas, que eran mas estensas que todo esto, formaban un inmenso imperio; pero la grandeza de un estado no es sino debilidad cuando escende de ciertos límites: todos estos pueblos se les separaron.

Las querellas de los españoles, las quejas de D. Carlos y las pretensiones de D. Fernando, decidieron el momento en que la bandera de México debía presentarse, y un cura de traje humilde, pero de espíritu elevado, anunció á los mexicanos que debían buscar un nombre y obtener un lugar entre la gran familia de las naciones.

Muchos héroes lo siguieron, y los pueblos los secundaron. Estos valientes olvidaron que tenían vida, y solo aprendieron el dulce nombre de la patria. Sus banderas vencedoras en

Guanajuato, las Cruces, el Peregrino, Acapulco, Oaxaca; vencidas en Guanajuato, Acapulco, Calderon, Valladolid, nunca se abatieron delante de los pendones del señor.

Peleábase con éxito vario; destruíanse las huestas y renacían los ejércitos; los cadalzos hacían desaparecer á nuestros padres; y nuevos héroes buscaban la gloria de defender sus derechos. Pero la envidia y la discordia se mezclaban en sus filas, y lo que no logra el enemigo, adquieren las pasiones, triunfan ellas, y quedan vencidos los defensores de la independencia. La suerte de los españoles cambia, enseñados por las desgracias que sufrieron cuando uno de los hermanos de Napoleón ocupó el trono de Madrid; se unieron, obedecieron las leyes, y la fortuna les sonrió por un momento.

Nuevas reyertas turban la paz de la península; su eco resuena en México, y el coronel del regimiento de Celaya levanta la bandera que estaba allí derribada y confundida entre cadáveres y entre escombros. Los colonos de México, testigos de las desgracias pasadas, se unen todos, pronuncian la *independencia*, y vencedores en cien combates, dan á sus hijos patria y libertad. El ejército mexicano ocupa la capital de la república el 27 de Setiembre de 1821.

Las proezas de los que habian concurrido á tan honrosa lucha, se escriben, como era justo, en un libro de oro. Yo no puedo en este momento pronunciar tan augustos nombres, sin que mi espíritu se llene de ese sublime respeto que infunde la memoria de los grandes hombres: sus virtudes y sus sacrificios yo no los puedo describir. ¿Qué harían mis débiles palabras? ¿Qué podrían añadir á tan ilustres hechos? Respetuosa la posteridad, se inclinará siempre cuando encuentre escritos en el santuario de la ley los gloriosos nombres de Hidalgo, Iturbide, Ahende, Victoria, Guerrero, Terán y tantos otros que fueron honra del ejército y decoro de la patria.

Iturbide, caudillo de un pueblo nuevo, comienza á trazar los fundamentos de una gran nacion. Todos colaboran á porfía, la naciente república atrae las miradas de la Europa. Cálculos nuevos, especulaciones originales, ocupan á los habitantes del viejo mundo, y la política, y el comercio y las artes, buscan la nueva sociedad.

Nosotros, llenos de tanta gloria, disfrutando de un poder inmenso, embriagados con la idea de un porvenir halagüeño, no pensábamos mas de en gozar. Olvidados de nuestros deberes, y sin ver en lo futuro, nos entregamos á lo presente. Este presente no podia ser eterno. El volaba como el tiempo, y no nos dejaba mas de la memoria de lo pasado. Allá en Tampico, cuando Barradas vino á hacer un ensayo de reconquista, resonó por última vez el eco de nuestras glorias, y en los campos de Tejas hubo algunos recuerdos de lo que fuimos. Esos tiempos ya pasaron, y yo voy á abrir ahora las páginas de nuestras desgracias. Aquí, como en el paraiso, en medio de tanto bien, nació el árbol del mal, y nosotros inespertos tuvimos la desgracia de gustar el fruto.

Cada paso que daban nuestros hombres nuevos, en todo era un desacierto, y cada acto era una dificultad que amontonaban para despues. Nuestras relaciones estrangeras, exageradas por principio de generosidad y de desprendimiento, son hoy lazos que impiden aun nuestros movimientos naturales. Nuestra política interior, envenenada por el espíritu destructor de los partidos, todo lo desnaturalizaba, y las acciones mas útiles y mas necesarias se veían con el prisma opaca de los bandos; no se pensaba como deberíamos ser; se queria que fuésemos de tal manera, segun se acordaba en los clubs. ¡Qué de errores!

Nosotros desterramos á los españoles como los españoles desterraron á los moros, sin acordarnos que eran hombres, y

que sin una poblacion numerosa los estados no pueden prosperar. Buscamos habitantes para Tejas y Guasacualcos, y despoblamos el interior de la nacion. Invitamos nuevos huéspedes, y lanzábamlos á nuestros padres y á nuestros hermanos. Recoñíamos mendigos en el universo, y pedíamos prestado, regalando ricos y dinero á los vecinos.

Nuestra política mercantil se engañó: el oro y el comercio se dijo es el elemento de riqueza, y nosotros nos dedicamos á buscar el oro y comprar mercancías: las artes y la agricultura se olvidan: florece en manos de las compañías estrangeras el ramo de minería, y el tronco del árbol se marchita, y casi seca.

Destruimos en los primeros días los elementos de la hacienda nacional, y fomentamos el lujo público, los empleos y las erogaciones. Adquirimos deudas, y aumentamos los gastos; disminuimos los trabajadores y productores, y elevamos á un número incomensurable los consumidores. Tomamos la flor por el fruto, el lujo, por la riqueza, el brillo por la gloria; política funesta que nos hacia correr tras una sombra, olvidando la realidad.

Referir todas las faltas que hemos cometido contra la sana política desde el principio de nuestra independencia, seria presentar un cuadro muy interesante é instructivo, manifestando así la influencia que estos errores han tenido en los acontecimientos, para encontrar la solucion de la mayor parte de los hechos que han acarreado tanta desgracia, mal esplicada por las palabras vagas de azar, fortuna, influencia estrangera, difundidas pródigamente en nuestros escritos.

Esta influencia estrangera fuerza era que viniera á enseñorearse de nosotros, por falta de plan meditado para marchar y de objeto á donde dirigirnos: no habiamos concebido, como debiamos, una política americana en grande, pero *esencialmente*

mexicana, pero ni aun tendencia marcada para una política local. Fuerza era que buque sin rumbo ni timon caminara á merced de los vientos, y cambiara segun ellos de direccion.

Otra de las causas que han contribuido á que la política de la República no se establezca, es esa continua movilidad de los ministros, esa sucesion constante de los gobiernos. La intriga y la irreflexion los ponen y los quitan. Llevados á esos puestos, piensan mas en conservarlos que en desempeñarlos. Acosados por la envidia y por la cabala, no tienen ni tiempo ni fuerzas para corregir los vicios de la administracion. El sistema del nuevo ministro jamas es el de su predecesor: pasajeros en el gobierno, en vez de dominar los acontecimientos, son dominados por ellos, y cuando llegan á adquirir uno de los hilos del gobierno, es gran felicidad, porque los resortes ni aun los pueden tocar.

¿Quién se causa de todo esto? Nosotros, que inquietos y versátiles queremos cada año un sistema, cada mes una administracion, cada semana un ministro y cada dia una ley, sin contemplar que jamás nacion alguna ha llegado al grado de prosperidad real y durable si no es por la naturaleza de un gobierno encargado de recojer las luces, de reducir los intereses del estado á sistema de administracion, haciendo lo que el piloto sobre cubierta, que observa las nubes, la brújula, los vientos, los escollos, y toma el camino: así obraba la antigua Roma; así obra la Inglaterra, y su parlamento, imágen en cierta manera de la magestad y del senado romano.

Revueltas continuamente, suscitando querellas, formando ejércitos, corrompiéndolos, destruyéndolos y volviéndolos á levantar, llegó la hora fatal, y nosotros recurrimos á tropas colecticias, que bastante hicieron, pues que pelearon en la Resaca, Palo Alto, Angostura, Veracruz, Cerro Gordo, Sacramento y Valle de México. Mejor constituidos estaban los ejércitos de

Federico Guillermo, y allá en 1807 Prusia cayó en quince días bajo el poder de Napoleon.

¡Qué mucho que viésemos la bandera de los Estados- Unidos en el palacio de Iturbide! Esta es la suerte de la naturaleza de las cosas: prepara á los pueblos, que olvidando sus deberes, dejan la virtud y se ocupan del vicio, ejercitando las artes del lujo, y menosprecian las necesarias á la vida: haciendo á un lado la ley, entronizan el desorden, y en vez de velar por la patria, se olvidan que tienen enemigos á la puerta; y luego, ciegos é injustos, andan buscando á quien culpar con la responsabilidad de tantas faltas, sin contemplar que los romanos, ambiciosos y guerreros, se aprovecharon de las faltas de todas las naciones y de todos los tiempos, y se hicieron superiores á todos los pueblos conocidos. La Italia dividida, dobla la cerviz; Cartago lucha por algun tiempo; pero los talentos de Anibal no pudieron defenderle de los vicios de su gobierno ni contra los desórdenes de los ciudadanos. Los griegos sufrieron igual suerte. Debilitados por el lujo y por los bandos, sucumbieron, contentos nada mas con que se les deje escribir, esculpir y pintar. *Hoy hace un año ese pabellon tricolor no estaba donde ahora está ni donde solia estar.*

Natural era que arrastrados así por tales errores, llegáramos al borde del abismo en que la nacion se iba á undir, y de donde se apartó por un acto esencialmente providencial.

Fatigada el alma con el recuerdo de tantas miserias, busca ansiosa donde descansar, y solicita en el porvenir un rasgo de esperanza; pero yo no lo encuentro por ahora: veo de tiempo en tiempo, como en el cielo en noche tempestuosa, alguna que otra estrella brillar, consolarme y desaparecer.

Tres meses llevamos de habernos salvado del naufragio, y tres meses llevamos de nuevas reyertas; y parece que las pasiones mas encendidas que ántes, nos dicen: *todavía no habeis*

hecho todo el mal á vuestra infeliz patria; necesitase mas, y la hundiréis para siempre.

¿Qué se ofrece á vista en el porvenir, si hacemos como ántes? Administraciones tiránicas, ignorantes ó débiles sucediéndose las unas á las otras; los gobiernos adulando á los partidos, de quien serán, como han sido, las criaturas; las fuerzas de la nacion sofocadas bajo los vicios; los intereses particulares sobreponiéndose al interés general; las leyes oponiéndose á las costumbres á ese resorte mas eficaz que ellas mismas; las novedades en guerra abierta con las preocupaciones; la opresion de los pueblos reducida á sistema, porque al pueblo tanto se le oprime y befa con el despotismo como con la licencia y el libertinaje; los gastos de la administracion superiores á los productos de las rentas públicas; los impuestos mayores que los posibles de los contribuyentes, el déficit solicitado por contratos ruinosos que pesarán sobre la nacion; los bienes públicos vendidos por la incuria de los gobiernos, que se aterrarán á la menor dificultad; el lujo minando sordamente al estado y corrompiendo á los primeros ciudadanos; los gobiernos, en fin, indiferentes, como hasta aquí, al bienestar de los pueblos, y los pueblos en represalia estraños á la suerte de los gobiernos.

La institucion militar, de que tanto se ha menester para la seguridad de la República, acusada en público y por sistema, de innecesaria, ó su constitucion calculada servilmente por la de las otras naciones: nosotros, hombres del Occidente de Europa, regularizados por la misma disciplina que los pueblos del Oriente de América. El genio de nuestra nacion en contradiccion con las leyes de la milicia; el soldado bajo sus banderas degradado y menospreciado unas veces, y otros ejércitos mas numerosos, á proporcion, que la nacion que los ha de mantener, sacrificando á este ramo de la administracion las demas partes de ella. Nuestra política exterior se me presenta suspicaz y

maliciosa, aumentando dificultades en nuestras mal meditadas transacciones, esponiéndonos con ella á conflictos cuya evasiva buscamos despues. Débil, por fin, al primer amago verdadero, despues de provocada con la pomposidad de las frases y la esageracion de los elementos, que no se conocerán, reclamando continuamente vagatelas y sacrificando los verdaderos intereses del estado.

Los partidos ocupados continuamente en combatirse, en ensalzar sus héroes, en atribuirles virtudes que no tendrán, para despedazarlos impiamente; acusándolos de crímenes que no habrán cometido, y luego arrepintiéndose de lo que han hecho, y procurando repararlos para volverlos á destruir.

Pero ¿para qué seguir recorriendo el triste cuadro que se me presenta, si esto solo será bastante para que la nacion, semejante á un coloso derribado, servirá para fabricar con sus restos dispersos, nuevos edificios, que harán olvidar la memoria de lo que fué?

Conozcamos, compatriotas, que semejante política, si así puede llamarse este conjunto de principios turbulentos, no puede producir mas que la ruina de la nacion, que nosotros mejor aconsejados por las desgracias pasadas, y por la consideracion de las que sobrevendrán, debemos escojitar otros medios mas prudentes, mas justos. Comprendamos con sinceridad nuestros deberes y con nobleza y buena fé trabajemos por llenarlos: elementos tenemos y sobran en este país privilegiado por la naturaleza; pero no los destruyamos, no los aniquilemos; hagámoslos concurrir, para la verdadera regeneracion de esta agitada y trabajada sociedad: no combatamos continuamete á los gobiernos; dejémoslos tomar asiento, y que abracen en un plan fijo todas las partes de la administracion interior, la gloria pública y la felicidad particular, el bien-estar de la generacion presente y el de las generaciones futuras: dejemos tranquilos

con sus preocupaciones á nuestros padres, que ya van por delante de nosotros al sepulcro: no les amarguemos sus últimos dias: á la generacion presente, generacion de transicion, respetémosle tambien esa mezcla confusa de ideas añejas y de necesidades modernas; pero no le infundamos tampoco á nuestros hijos ni la intolerancia de los errores ni la versatilidad de las novedades: tengamos en cuenta para las grandes empresas nuestra posicion geográfica, el clima de nuestro suelo, nuestra edad, nuestras costumbres, nuestras inclinaciones, nuestras preocupaciones, nuestras necesidades presentes y futuras; hagamos que la justicia garantice la propiedad, la libertad, el pensamiento, la igualdad, los derechos, la sabiduría, las aspiraciones, el mérito, los puestos públicos, la prudencia, las empresas, la firmeza, las determinaciones, la moderacion, los deseos, la benevolencia, las relaciones, el valor y los límites de la república.

Preparada así la política interior, léjos de las aspiraciones de partido, echemos en olvido nuestros errores particulares, y veamos qué es aquello que debemos querer para el bien y felicidad de la República: sea la medida de nuestras pretensiones la posibilidad y la conveniencia, no la voluntad, que inconsecuente y descontentadiza, ni tiene límites, y las mas veces es injusta. Fijemos el objeto de nuestras relaciones esteriore, respetuosos y leales, con las naciones amigas: no confundamos los intereses reales; las relaciones que no son sino pasajeras é infructuosas con las útiles y permanentes que resultan de la posicion geográfica, de las necesidades comparadas y del objeto á que cada cual se encamina. Determinados estos principios, economicemos las convenciones; no multipliquemos los actos de ostentacion, y segun ellos, señalemos concienzudamente el número, la calidad, y las circunstancias particulares de las tropas. A éstas no las corrompamos y las en-

vilezcamos con el oro; honrémoslas y alentémoslas con nuestra consideracion y confianza: sobre todo, dediquémosnos á la educacion de la juventud, como hacian los antiguos romanos, cuyos ciudadanos pasaban indistintamente por todos los cargos públicos, pues que eran á su vez ediles, cuestores, censores, tribunos, senadores, pontífices, cónsules y generales. No elevemos imprudentemente á la clase de héroes á nuestros hombres públicos; pero tampoco los despedacemos impiamente desnaturalizando sus acciones, que podrán no estar tal vez arregladas á la medida de lo perfecto, pero que tampoco son del tamaño del crimen: contemplemos que son hombres, y que acertar en todo es propio de la Divinidad; hagámonos, en fin, superiores á nuestras pasiones, y entónces tendremos una nacion que recuerde los sacrificios que nuestros padres hicieron para formarla, y nuestra prudencia para constituirla, sin temor ya de que ese pabellon tricolor desaparezca, ni deje de repetirse todos los años la grata y patriótica conmemoracion del *27 de Septiembre de 1821*.—DIJE.

OBSERVACIONES.

Las mismas que hice al lector sobre el anterior discurso, deben hacerse al presente. Abatido el espíritu del orador con las rudas pruebas porque pasaba en aquellos momentos la república; amenazada su independecia con una guerra exterior y divididos sus hijos en el interior por cuestiones políticas; el Sr. Mendoza presenta con toda exactitud á su auditorio el cuadro de infortunios que en aquella época agobiaban á México.

Orador notable el Sr. Mendoza; con sus discursos conmueve

y cautiva la atencion, sus profundas ideas, sus descripciones naturales y animadas y un estilo correcto y florido conduce el ánimo de sus oyentes, al objeto que se propone. Como orador parlamentario figurará siempre el Sr. Mendoza en primer término. Próximamente daré á conocer al lector, alguno de los discursos que pronunció en el Congreso.

Discursos Parlamentarios.

La série de discursos parlamentarios que á continuacion inserto, se refieren á una época de eterna memoria. Los defensores de la constitucion de de 1857 y sus impugnadores, nos han dejado en sus discursos, verdaderos monumentos de elocuencia y modelos dignos de ser fielmente imitados.